

GOTTFRIED KOCH

Coraje y esperanza

o una probabilidad
de 1 : 500 000 000

© 2025 Gottfried Koch

Diseño y maquetación de la portada: Corinna Öhler (Buchschmiede)

Edición: Dr Ruth Geier, Leipzig

Impresión y distribución por cuenta del autor:

Buchschmiede von Dataform Media GmbH

Julius-Raab-Straße 8, 2203 Großenbärsdorf, Österreich

www.buchschmiede.at

Dirección de contacto según el Reglamento de seguridad de los productos de la UE:

info@buchschmiede.at

ISBN:

978-3-99181-555-6 (Paperback)

978-3-99181-554-9 (Hardcover)

978-3-99181-553-2 (E-Book)

Printed in Austria

Esta obra, incluidas sus partes, está protegida por derechos de autor.

Queda prohibido cualquier uso sin el consentimiento del editor y del autor.

Esto se aplica en particular a la reproducción electrónica o de otro tipo, la traducción,
la distribución y la puesta a disposición del público.

Partes de la portada fueron creadas usando IA generativa.

Dedicado a
Ivonne de la Carmen
Peña-Arias

Prólogo

Esta es la historia de un viaje. No un viaje ordinario a través de países y espacios, sino uno a través de épocas, culturas y estados de ánimo. Es la historia de Carmen Arias, una mujer del Caribe que buscó la luz en tiempos oscuros, y la historia de Sebastian Wagner, un hombre del corazón desgarrado de Europa que creía estar perdido y finalmente se encontró a sí mismo en los ojos de una mujer que parecía venir de otro mundo.

Lo que encontrarás en este libro no son héroes ni leyendas. Encontrará personas. Encontrarás dudas, pequeños gestos, reconciliaciones imperfectas, heridas y, sobre todo, el vínculo silencioso y fuerte que mantiene unidas a dos personas, incluso cuando todo a su alrededor está en movimiento.

Es una historia sobre la pérdida y la llegada, sobre la esencia del hogar, que no reside en un mapa, sino en una mirada, una voz, una palabra: me quedo.

Entre el trópico y las ruinas, entre la Mamajuana y los árboles de mango, entre los pueblos alemanes y las granjas caribeñas, se despliega un amor que nunca se vuelve cursi porque hace lo que hace el verdadero amor: sobrevivir.

Y cuando el lector llegue al final de estas páginas, no solo conocerá a Carmen y Sebastián, sino quizá también un poco más sobre sí mismo.

Mi más sincero agradecimiento a la Dra. Ruth Geier, cuya mirada inteligente y atenta y su sutileza lingüística han aportado profundidad, claridad y calidez a esta obra. Su lectura no ha sido un borde de corrección, sino un eco que ha llegado al corazón del texto.

«El corazón es un hogar cuando te sientes bienvenido en él».
- Para Carmen. Para Sebastián. Y para todos los que piensan que
es demasiado tarde para un nuevo comienzo.

En junio de 2025
Gottfried Koch

Entrada en el diario de guerra
Sebastian Wagner,
Batallón de Asalto nº 5
Comandante Capitán Willy Rohr

23 de junio de 1917

La noche fue agitada. El fuego de artillería sacudió la trinchera todo el tiempo. ¿Dormir? Difícilmente. Me apreté contra la pared, me ceñí más el abrigo, pero el frío húmedo seguía calándome los huesos. La tierra encharcada olía a moho, sudor y muerte. Unas cuantas ratas corretean sobre mis botas; ni siquiera tengo fuerzas para espantarlas.

Al amanecer, el cielo está gris y pesado. La espesa niebla se extiende por todas partes y el humo de la pólvora hace que el aire sea acre. El sargento grita a través de la trinchera:

—¡Todos arriba, alerta!

Me tapo la cara con el casco, cojo el fusil y me pongo en fila junto a mis compañeros. Me tiemblan las manos, y no solo de frío.

Un señalero viene corriendo, completamente sin aliento.

—¡Los franceses se mueven! Prepárense para un ataque!

El corazón me late con fuerza. Me obligo a mantener la calma, pero mis pensamientos se aceleran. ¿Sobreviviré?

De repente, la artillería enemiga aúlla. Impactos a diestro y siniestro: tierra y astillas de madera vuelan por los aires. Me agacho, me aprieto contra el barro. Gritos. Alguien más adelante ha sido alcanzado. Quiero ir, pero la orden es clara: no podemos salir de la cobertura.

Pasan los minutos. Luego se hace más tranquilo. Un silbido: debemos mantenernos en la línea de trinchera. Miro por encima del borde y distingo figuras a lo lejos. El enemigo avanza. Mi fusil se atasca brevemente, se me corta la respiración. Entonces lo levanto y disparo. En algún lugar, alguien se desploma. ¿Fue mi bala? No lo sé, no quiero saberlo. No quiero saberlo.

Luego, silencio de nuevo. El ataque ha sido repelido. Hemos sobrevivido. Por hoy. Me hundo de nuevo en el barro, exhausto, agotado, vacío. Un camarada me da un sorbo de su cantimplora.

—Otro día cumplido, Sebastian —dijo.

Asiento con la cabeza.

Pero lo sé: mañana empieza todo de nuevo.

25 de junio de 1917:

Hoy por la mañana, imágenes de horror y espanto; heridos y exhaustos llenos de sangre y suciedad; prisioneros que se alegran de serlo. Allí abajo han conducido un carro lleno de cadáveres junto a una fosa común; dos hombres están de pie encima y arrojan los cadáveres a la fosa como sacos de patatas.

Partimos de repente. Tengo que dejarme el abrigo puesto, así que estoy sudando miserablemente y apenas creo que pueda mantener el ritmo. Estoy muy cansado, tengo el pie izquierdo hinchado y dolorido. Finalmente llegamos al campo 4, donde comemos algo y nos preparamos un café. Ahora nos suelen dar café en grano y una salchicha dura masticable. Tenemos algo de tiempo para escribir. Luego miro mis fotos de casa y pido ayuda a Dios. Ahora quiero dormir un poco. Por la noche había un fuego crepitante en el frente.

Salimos a las 11 y bajo la lluvia más intensa subimos hasta la posición donde habíamos estado por la mañana. Solo llevábamos

equipaje de tormenta. Justo en el campamento resbalé y me metí en el barro hasta los codos. Llovía como un aguacero y estuvimos vadeando el barro y el agua hasta los tobillos todo el tiempo. Muchos caímos en agujeros de conchas y nos tragamos la porquería. Llegamos a la posición preparada completamente empapados.

La zanja es poco profunda y hay pequeños agujeros excavados en ella para proporcionar algo de cobijo. Me alegra haber encontrado un agujero un poco más grande y ponerme cómodo. Pero huele tan raro... Estaba tumbado junto a un muerto. Abandono el espeluznante lugar lo antes posible. Mi compañero Opel y yo encontramos otro agujero, pero está parcialmente lleno de agua y nos tumbamos en él, ¡más uno encima del otro que uno al lado del otro! Me tumbo con un lado en el agua, de modo que por la mañana siento un terrible dolor en la cadera. No puedes quedarte en la trinchera porque el enemigo te ve. Los muertos yacen a nuestro lado, algunos con los ojos en blanco, escocidos y la boca abierta para gritar, ¡horrible!

Antes, los franceses miraban hacia la trinchera, no llegamos a disparar. ¡Aún no conocen la posición! Llegamos a la posición desde la espera. Nos dijeron que estábamos en la antigua 2ª posición. Los franceses habían irrumpido en las posiciones de artillería. Ocho compañías nuestras fueron capturadas y se dice que hubo traición. Hoy solo tenemos dos muertos: Peetz y Schiner, los camaradas Brunner y Schwarz están heridos. Y se están quejando terriblemente.

26 de junio de 1917.

El día amaneció nublado y estaba nublado. Llevábamos horas en esta trinchera. Había menos actividad enemiga ya que la observación era escasa con el tiempo brumoso. Las posiciones francesas estaban a pocos metros frente a nosotros. De repente, los franceses nos dispararon con una honda unos trozos de papel envueltos en pequeñas piedras. Me los trajeron porque hablaba francés. Nos suplicaron que apuntáramos más a la derecha, porque era por donde planeaban escapar. Y si aumentábamos nuestro fuego allí, esperaban, la fuga no sería ordenada. Les hacíamos un favor a nuestros enemigos. Y efectivamente, no hubo fuga.

Al mediodía, hacia la 01.00 horas, se desató una fuerte lluvia que duró casi toda la tarde. Pero a pesar del fuego ligero, la compañía sufrió grandes pérdidas. El teniente Langenberg perdió la mano izquierda al ser alcanzado por una granada. No pudo ser retirado por los médicos. Recibió tratamiento improvisado y se le suministró morfina de la ración de emergencia. Murió esa misma noche. Y el voluntario de guerra Werner Mayer fue sepultado por una granada y solo pudo ser sacado muerto de su túnel. Ambos cuerpos tuvieron que yacer a nuestro lado. Y a las 11 ½ de la noche, un triste mensaje corrió por las filas de la compañía: «El sargento Stiep está herido», corrió de boca en boca y una gran consternación se pintó en el rostro de todos. El sargento Stiep estaba con la compañía desde el 02.08.14, la había acompañado a todas las batallas y había sido testigo del recorrido de armas de nuestra compañía. Había salido indemne de todas partes y ahora una esquirla de proyectil errante tenía que alcanzarle en el cuello y poner en peligro su vida. Estaba tendido en el barro. Se esforzó por girarse en nuestra dirección

y nos hizo señas. Supusimos que intentaba decirnos que nos quedáramos en nuestros refugios.

Fue terrible. Innumerables proyectiles volaron de repente en nuestra dirección desde las posiciones francesas. Devolvimos el fuego. Era imposible rescatar a Stiep. Cualquier intento habría significado una muerte segura. Sospechábamos que los franceses estaban esperando a que intentáramos arrastrar a Stiep a nuestra trinchera. De esa manera habrían atrapado aún más de nosotros.

De repente se produjo un milagro. Una figura alta y enjuta emergió de la posición francesa. Caminó erguida hacia Stiep, que gritaba de dolor, se lo cargó al hombro y lo arrastró hasta nuestro refugio. Las balas no parecían poder dañar a esta figura. El enjuto desconocido no resultó herido en el camino hacia nosotros. Pude hablar con este hombre, un enemigo, durante un rato.

Cuando el desconocido hubo depositado suavemente al aparentemente herido Stiep en el suelo embarrado y los paramédicos habían intentado -en vano- atenderle, el desconocido se volvió hacia Sebastián y le dijo en voz baja:

—As-salāmu ‘alaikum wa raḥmatullāhi wa barakātuhu

—*Que la paz, la misericordia y las bendiciones de Dios estén contigo.*

Luego continuó en francés:

—Me llamo Pajam.

El forastero se quedó atónito cuando Sebastián le respondió en francés.

—Y yo me llamo Sebastián.

Durante la breve conversación, se supo que Pajam era derviche.

—Soy un derviche, un viajero en el camino de la verdad — dijo—. Mi vida no es solo mía, sino un viaje hacia el uno, hacia la fuente de todo ser. No poseo nada: ni riquezas, ni tierras, ni una casa que me ate. Y, sin embargo, soy más rico que los reyes de este mundo, porque mi corazón está lleno de amor a Dios.

Mis días empiezan temprano, antes del amanecer. Me lavo con agua fría para limpiar mi cuerpo y mi alma antes de rezar. En la quietud de las horas matinales, escucho el sonido del mundo: la llamada del viento, el canto de los pájaros, el suave susurro de mi propia respiración. Todo es una señal, todo lleva el aliento de la verdad divina.

Antes de esta locura aquí, vivía en el *tekke*, uno de nuestros albergues derviches. Allí los hermanos estamos unidos por nuestra búsqueda común del conocimiento. Algunos de nosotros cuidamos de los pobres, compartimos pan y agua con los hambrientos. Otros se dedican a estudiar las sagradas escrituras, a escribir versos que han iluminado las almas durante siglos. Yo mismo dedico mucho tiempo a la música, porque creo que el sonido del *ney*, la flauta de caña, habla directamente desde lo más profundo de nuestro anhelo.

Pero es la danza mi verdadera plegaria. Cuando cae la noche y nos reunimos para la sema, nos despojamos del ego como de una vieja túnica. Giramos sobre nosotros mismos vestidos de blanco, con la mano derecha abierta hacia el cielo y la izquierda hacia la tierra. El cuerpo se desvanece, el ego se disuelve y, por un momento, dejamos de ser humanos para convertirnos en almas puras, unidas a la melodía divina del universo.

A menudo estoy en movimiento. Como derviche, no me quedo en un sitio. Me desplazo de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad para aprender y enseñar. A veces viajo solo, a veces

con hermanos. Dormimos bajo el cielo abierto, comemos lo que la gente nos da y a cambio les damos una palabra de consuelo, una canción de esperanza.

La gente me pregunta a menudo: «¿Por qué lo has dejado todo?». Y yo sonrío, porque no entienden que no he perdido nada: solo me he desprendido de las cadenas del mundo para ser libre. Mi camino es el del amor. Mi meta no está en la tierra, sino en el infinito.

Continuó explicando a Sebastián en pocas palabras que él y sus compañeros creyentes no estaban apegados ni siquiera interesados en ninguna posesión terrenal. Ni siquiera en sus vidas.

—Hay mucha gente que, si se les diera el paraíso con todas sus glorias, no se quejarían menos que los que tienen que vivir en el infierno.

La búsqueda de posesiones y riquezas es la fuente de todo mal.

Aquí se libra esta guerra para conseguir más posesiones. Siempre violencia. Siempre queréis apoderaros de todo. ¿Por qué no compartís los dones de la tierra y los dones de Dios?

Por eso no queremos posesiones y tratamos de hacer el bien a nuestros hermanos en esta tierra solo con nuestras vidas. Por eso te he traído a tu hermano.

—¿No te gustaría tener algo que te perteneciera? ¿Algo que te gustaría poseer?

Panjam negó con la cabeza.

—Yo lloraba porque no tenía zapatos. Hasta que conocí a alguien que no tenía pies —respondió.

—¿Por qué estás aquí? ¿Os han llamado los franceses?

—No, solo vamos a la guerra cuando los demás nos obligan.

—¿Y os han obligado los franceses?

—Siempre emprenderán nuevas guerras.

No importa quién gane esta guerra. Seguirán más guerras, cada vez se redibujarán las fronteras y la siguiente batalla se librará con aún más crueldad. Seguirán las emboscadas, los asesinatos, los pueblos quemados, las expulsiones y las masacres. Lo que queda es la maldición del miedo, el odio y la venganza.

¿Y por qué todo esto? Porque no estáis satisfechos con lo que necesitáis para vivir y porque lo que Dios os ha dado para vivir no os basta. ¿No rezáis «Danos hoy nuestro pan de cada día»? ¿y no lo habéis recibido, no tenéis lo que necesitáis para vivir? ¿Por qué más y más?

Y otra cosa: ¿No dijo tu Señor Jesús: Amarás a tu prójimo como a ti mismo?. ¿Y no dijo que éste es el mandamiento más importante que os dio, después del amor al Señor? ¿Por qué no amas, por qué matas y por qué luchas contra tu prójimo?

El Señor dice: «El amor nunca te abandonará. Cuelga mis mandamientos de tu cuello y escríbelos en la tabla de tu corazón, y alcanzarás la bondad y la sabiduría que agradarán a Dios y a los hombres».

Amigo mío, no olvides nunca estas palabras.

—Usted puede preguntarse por qué estoy aquí. Francia es nuestra protección contra los otomanos. No se trata de mí. No necesito protección de y por la gente. Se trata de nuestras familias y nuestros hermanos y hermanas. Deben poder practicar y vivir su fe en paz y libertad en el futuro. Eso es lo que nos han prometido los franceses si morimos por ellos aquí.

Cuando Panjam se marchó para volver, tiró de un cordón de cuero por encima de su cabeza y sacó una bolsa plana de cuero oculta bajo su basta camisa. Se la entregó a Sebastian.

—¿Qué es esto?», preguntó Sebastian, intentando abrir la bolsa.

—No, no la abras, todavía no. Ábrela solo cuando la necesites. Si realmente la necesitas, como último recurso. Esta es tu lámpara mágica. Yo no la necesito, quizá tú sí. Y si no la necesitas tú, entonces pásala. ¿Tienes una mujer que te ama y a la que amas?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Eva-Maria.

—Si los dos o uno de los dos estáis muy mal, entonces abre esta bolsa para pedirle ayuda. La verdadera ayuda viene única y exclusivamente de él. Si no necesitas la bolsa, entonces pásala.

—¿Tenéis hijos los dos?

—Sí, un hijo y una hija.

—¿Cómo se llaman?

—Sebastian como yo y Eva como su madre.

—¿Qué es esto, qué contiene? —repitió Sebastian, levantando la bolsa en el aire—. ¿Y cuándo sabré que necesito su contenido?

—El Único, el Todopoderoso te iluminará. No abras la bolsa antes de tiempo.

—¿De dónde sacaste la bolsa?

—De Marrakech. Pero eso no importa. También viajaba de un sitio a otro. Ella vino de muy lejos. Ha navegado por muchas aguas, ha visto muchas vidas, mucha felicidad y mucho sufrimiento. Igual que yo. Igual que tú. Una cosa lleva a la otra. Dios nos reunió a los tres. Tú, yo y esta bolsa de cuero. Piensa en este bolso como un símbolo. No sé lo que realmente es. Siempre fue valioso para mí, fue mucho para mí, fue diferentes cosas para mí. Tómalo, toma este bolso.

—No, no puedo aceptarlo.

—Sí, tómala. Cuelga de las barbas del vendedor mercancía mala, pero ésta es mercancía buena, muy buena. Cuélgatela al cuello y cuídala bien. Debe servirte, a mí ya no me sirve y tú, amigo mío, lo necesitas más que yo. Lo sabrás más tarde.

Panjam se inclinó ante Sebastia «As-salāmu ‘alaikum n y con un la paz sea contigo» salió del banquillo para regresar. Entonces sonaron los disparos y Panjam se desplomó. Había sido alcanzado por una bala. Parecía haber muerto en el acto.

Intenté meterlo en la zanja, pero volvió a empezar. Era como si la propia tierra estuviera gritando. Los proyectiles golpeaban a diestro y siniestro, lanzando tierra, madera y trozos de cuerpos por los aires. Mi corazón latía tan fuerte que no podía oír mi propia respiración. Me apreté contra el barro, con las manos sobre la cabeza, como si pudiera protegerme de la muerte.

El ruido era indescriptible. Un rugido, un chirrido, un sordo estruendo que te calaba hasta los huesos. Cada impacto sacudía el suelo como un terremoto. Astillas zumbaban en el aire, un silbido agudo, luego gritos. Los compañeros gritaron pidiendo un médico, pero ¿quién estaba aquí para ayudar?

Miro hacia un lado. Karl está en cuclillas a mi lado, con los ojos muy abiertos. Mueve la boca, pero no entiendo nada. Solo oigo un murmullo apagado. De repente se estremece, echa la cabeza hacia atrás y le sale sangre del cuello. Quiero gritar, quiero agarrarle, pero la siguiente explosión ya está ahí. Me llueve tierra, arena, piedras, no veo nada, no oigo nada.

Mi cuerpo temblaba, mis manos aferraban el fusil. Quería levantarme, correr, huir, pero ¿hacia dónde? La trinchera era un caos. Los cuerpos yacían desordenados, los rostros en el barro, los ojos en blanco. El hedor a pólvora, sangre y carne quemada en el aire.

Y de repente, silencio.

Mi respiración era intermitente. La lluvia de bombas había cesado. Subí a tientas, me temblaban las rodillas, me palpitaba la cabeza. Humo por todas partes, escombros, cuerpos destrozados. Algunas figuras aún se movían, otras yacían inmóviles.

Estaba vivo. Todavía vivo. ¿Dónde estaba Panjam? Había estado tumbado delante de la trinchera hacía un rato. No podía verlo. No quedaba nada de él. Las balas debieron hacerlo pedazos. No quedaba más que su recuerdo.

¿Dónde está la bolsa de cuero? Rebusqué en la tierra empapada de sangre. Lo busqué a tientas. Aquí, aquí estaba. Me la colgué del cuello e intenté retroceder por la trinchera hasta un foso.

De nuevo había sobrevivido.

Se llamaba Carmen Arias y nació el 19 de abril de 1895 en Santiago de los Caballeros, República Dominicana. Sus padres eran Ana y Rafael Arias. Su padre era suboficial del ejército. Tenía dos hermanos. Un hermano menor y una hermana aún más pequeña. Llevaban una vida pobre y modesta, aunque algo privilegiada. El empleo de su padre en el ejército les proporcionaba seguridad y les daba una posición respetuosa en comparación con los demás. Ella amaba su tierra natal. Había salido de la República Dominicana, pero nunca abandonó la República Dominicana.

«La isla más hermosa que ha visto el ojo humano». Así escribió Cristóbal Colón en diciembre de 1492, cuando pisó por primera vez la tierra que más tarde se llamaría *La Española*. Su pluma temblaba de entusiasmo. Habló de «verdes montañas tan hermosas como el sueño de un pintor», de «ríos de sabor tan dulce que limpian el alma» y de un cielo «que cubre la isla por la noche como un velo de polvo de estrellas». Colón la llamó *la Pequeña España*, no solo por celo colonial, sino quizá también porque las colinas le recordaban a Castilla, a una España que conocía pero que veía renacer en la opulencia tropical.

Y otros vinieron después. Científicos, aventureros, poetas. Todos encontraron palabras, pero no las suficientes.

Alexander von Humboldt, el gran naturalista, nunca llegó directamente a la isla de La Española, pero describió todo el Caribe como un lugar «entre la sublimidad y lo salvaje», un teatro natural en el que «la tierra está en un solo florecer y respirar».

William Cullen Bryant, poeta estadounidense del siglo XIX, viajó por el Caribe y, tras una estancia en Haití -desde donde miró hacia el lado dominicano-, escribió sobre el «aliento de